

Frente libertario

Madrid, 3 de septiembre de 1938 || Editado por el Comité de Defensa Confederal, del Centro || NUMERO 568

PARA QUE LA UNIDAD SEA UN HECHO, HAY QUE COMENZAR POR HABLAR CLARO

Solo así pueden desvanecerse las suspicacias y aislarse los gérmenes de discordia

Todos los sectores del antifascismo español han manifestado públicamente sus deseos de lograr una firme unidad de lucha entre los trabajadores de todos los matices; es natural que esto ya haya sido así, pues era la unidad —y lo será siempre—, una clara aspiración de nuestro pueblo que instintivamente ha comprendido que sin unidad no hay victoria posible. Por eso todos se han apresurado a presentarse públicamente como adalides de la unidad; otra cosa hubiera equivalido a granjearse, automáticamente, la enemistad de toda la España que lucha y trabaja.

Pero es necesario reconocer que la realidad no ha respondido, ni con mucho, a las palabras que públicamente se han pronunciado. Se ha llegado incluso a la creación de organismos encargados de plasmar la unidad antifascista de nuestro pueblo; pero no se han seguido las conductas claras, desinteresadas,

que son indispensables para que la unidad exista; y sobre todo, no se ha hablado con claridad y con la franqueza que son el vehículo cierto de la unidad.

Porque es hablando claro, y sólo así, como pueden solventarse satisfactoriamente todas las diferencias que pudieran surgir; sólo con franqueza pueden limarse todas las asperezas. Y esa claridad, esa franqueza, que en el fondo no son otra cosa que lealtad a toda prueba, no se han presentado, desgraciadamente, y al menos hasta ahora, en la España antifascista. No se han presentado,

¿Será posible que no baste ni siquiera la gravedad de la hora que estamos viviendo para que se arrinconen las ambiciones y se olviden los egoísmos? Cuando todo está en peligro, en grave peligro podemos afirmar, sin temor a incurrir en exageración, ¿será posible que continúen existiendo gentes que, llamándose antifascistas, coloquen su medro particular por encima de los intereses y conveniencias de la colectividad? Alarma muy mezquina, espíritu demasiado pobre se necesita, para pensar y actuar de esta manera. Y, sin embargo, por desgracia para nuestra causa y nuestro pueblo, son muchos todavía los que así piensan y actúan.

Esta realidad, dolorosa pero palmaria, impone la necesidad de hablar claro y de hablar fuerte. Sólo así quedarán desenmascarados quienes están dispuestos a sacrificar, incluso la victoria, antes que abdicar de sus propias posiciones personales. Sólo hablando claro, sin eufemismos, y sin veladuras transigentes, es como conseguiremos aislar a todos los individuos, verdaderos indeseables, que, enquistados en nuestras filas, son auténticos gérmenes de discordia y vehículos ciertos de derrota.

Sólo así, sólo hablando claro, de cara al pueblo y a la calle, es como se cumple con los deberes que el antifascismo impone a todos los españoles.

No digamos que todo va bien,

Y pensemos en que es necesario tomar en serio muy en serio, esta cuestión, si no queremos llegar a que se provoquen situaciones de verdadero peligro.

Es evidente que con el suministro que de una manera oficial se facilita en los establecimientos de comestibles, no hay suficiente para vivir. Y, sin embargo, en Madrid se vive. Lo que demuestra que existen una serie de fuentes de aprovisionamiento que escapan al control de los organismos oficiales, que manejan ese "plus" de productos alimenticios que completan lo necesario para la población madrileña. Ahora bien: estando de acuerdo en que hay que terminar con ese comercio clandestino, fuente de especulación cierta decimos claramente que hay que comenzar por suministrar lo necesario. No basta terminar con el comercio clandestino de víveres, sino que oficialmente, hay que suministrar más alimentos de los que hasta ahora

facilitan. Y esto antes de emplear las fuerzas coactivas de la administración pública en terminar con el aprovisionamiento que cada ciudadano procura realizar por su cuenta para sí.

Porque de otra manera, si se cierran las fuentes de aprovisionamiento extraoficiales, sin haber resuelto previamente la cuestión del suministro en cantidad suficiente para que todos reciban el minimum necesario para vivir, sólo habremos conseguido extender e intensificar el hambre.

EL PROBLEMA NO SE SOLUCIONA CON REQUISAS, SINO CON ORGANIZACIÓN, lo demás son ganas de aumentar innecesariamente y sin ventaja alguna los sacrificios que la guerra impone a nuestro pueblo.

Claro que el origen de esto se encuentra en la facilidad con que se puede dar la orden de requisar los víveres que se quieran introducir en Madrid.

Visado por la Censura



EL PROBLEMA DEL ABASTECIMIENTO DE LA POBLACION CIVIL DE MADRID

Sentimos por anticipado que es condición imprescindible para mantener elevada la tónica de lucha del pueblo madrileño y del pueblo antifascista español en general, el que todos los problemas sean tratados sobre una base estrictamente igualitaria, que, como la unidad, es

cimiento de la población civil de Madrid, se ha dirigido a conseguir que el abastecimiento sea uniforme; y al cabo de casi dos años de ser la ciudad del frente, hemos de reconocer que el abastecimiento, ni es uniforme, ni es suficiente; esta es la verdad, y todo lo demás es hacerse ilusiones sin fundamento o cerrar los ojos a la realidad; hoy por hoy, debido a lo que sea, que no vamos a analizarlo ahora, en Madrid no todos disponen de una medida igual de artículos alimenticios ni todos disponen de ellos en cantidad suficiente para vivir normalmente.

Precisamente por esto, todas nuestras palabras alrededor del abasto-

REPORTAJE EN UN BAR APACIBLE

Juan Rodríguez, protector de rameras y el terror del kock-tail

Ibamos abstraídos, por la calle, ausentes hacia todo lo que transcurría en derredor nuestro. Todos nuestros pensamientos, como de costumbre, se concentraban alrededor de la situación política interior y exterior y de la marcha que sigue nuestra lucha. Hace un momento salimos de visitar unos talleres de guerra para captar impresiones reales sobre la intensidad del trabajo y el ambiente de vida que respiran esos obreros para los cuales no existen jornadas reglamentarias, a fin de satisfacer todas las necesidades de material bélico que siente nuestro Ejército, cada vez mayor proporción, para exterminar al invasor. En nuestra imaginación quedaban impresiones indelebiles donde se retrataba perfectamente el sonido monótono, crudo y chirriante de las máquinas que estrujan los bloques de acero para convertirlos en bombas que, lanzadas por la artillería y aviación antifascistas, defienden la independencia política y económica de España. Nos acordábamos de aquellos trabajadores pegados a los tornos, arrancando virutas de acero a los golpes. La idea predominante de este soliloquio eran los crisoles donde el hierro hervía de una manera candente y fulgurante. Aquel ámbito saturado de calor, desprendía de las caras curtidas y tostadas de los obreros gotas de sudor que, unidas unas a otras, formaban cordones por donde se deslizaban hasta llegar a la empapada camisa. Sin embargo, todos los obreros de las industrias de guerra en un continuo ajeteo iban de un lado para otro con expresión alegre y semblante de una satisfacción infinita. Entonces —me dije— estos productores son felices en su trabajo porque saben que cumplen con su deber de antifascistas y de combatientes que todo lo sacrifican en holocausto de la victoria.

Pero si todas estas reflexiones pasaban por mi memoria al deambular por las calles sin fijarme para nada en los transeúntes, pronto se dispararon un poco al escuchar una voz que me llama repetida y entusiasmadamente:

—¡Eh! ¡Eh! ¡Ech! ¡Pérez! ¿Es que ya no me conoces? ¿No te acuerdas de mí? Soy Juan Rodríguez.

Vuelvo la cabeza y veo que Juan saca la suya por una ventana del Bar Roma. No lo había visto desde antes del 18 de julio. Hablamos breves momentos y le pregunto sobre su nueva forma de vida. El, en pocas palabras, me responde y, a la vez, me invita a tomar un cocktail en el Bar de referencia. Por inquirir más informes acerca de sus actividades personales acepto a sentarme en la mesa que ocupa alrededor de la cual asisten dos mujeres que fuman tabaco rubio y tienen exageradamente maquillado el rostro. Juan, con modales propios de la moral burguesa, me las presenta y dice:

—Aquí es "Mimi", una chica conocida en la guerra, con la que he intimado y nos une agradable amistad. Esta otra es una muchacha guapísima, elegante y muy complaciente, con la que también he establecido

una "amistad" diaria. Nos venos, ellas y yo, a todas las horas en Chicote, en Molinero, en Negresco, en Panamá y en todos los cafés y bares donde hay alegría, mujeres y gente dispuesta a gastarse el dinero. Entre paréntesis —agrega Juan, tocando las palmas—. ¡Oiga, camarero! Ponga usted en vez de tres cocktails, cuatro.

Con pocas palabras llego a convencerle de que soy abstemio.

—¡Bueno, hombre, bueno! ¿Qué sabes tú lo que es pasar un momento de dicha entre copas y mujeres? En fin, camarero, traiga usted tres cocktails y a éste una ración de aburrimento. Ahí va la cuenta de lo que hemos consumido éstas y yo: Ciento cincuenta pesetas. ¡Bah, para lo que vale el dinero! —me dice, dirigiéndome una mirada despreciativa y de compasión—. Este Pérez, querida "Mimi", no aprenderá nunca a vivir bien. Siempre está pensando en la guerra y en la revolución. No le faltaba más que aprender a cabalgar sobre su propio dolor.

—Pero es peor —replico— cabalgar sobre el dolor, las privaciones y la abnegación del pueblo. Además, ¿puedes decirme cómo te es tan fácil gastarte ciento cincuenta pesetas en un momento?

—Está no es nada —arguye Juan— todos los días dilapidamos, mis bellas acompañantes y yo, más dinero que ese. Esto son fruslerías sin importancia. Que sí, hombre, que sí, el dinero no vale nada.

—No me decías —continúa— estas mismas palabras antes del 18 de julio, cuando ganabas diez pesetas poniendo ladrillos en un aldamio.

—¡Ah! Mi querido Pérez. Tienes ganas de polémica. ¿Acaso te sientes policía para fiscalizar mis actividades? ¿Te prohibo terminantemente que toques esta cuestión!

—No te molestes, Juanito, solamente quería saber el salario que percibes.

—Pues..., muy sencillo, amigo Pérez, DOS MIL pesetas mensuales de emolumentos y...

—Bien; pero eso no te da suficiente dinero para gastarte doscientas pesetas diarias. Si percibieses diez pesetas como los soldados que entregan su vida en las trincheras, en aras de la libertad, o lo que ganan los obreros en las fábricas, en los talleres o en el campo seguramente no te podrías dar tan regalada vida.

—¡Bueno, bueno! Puedes marcharte cuando quieras, porque eres un desvergonzado.

—Hombre, Juanito, no te enfades. Es que mi norma de conducta moral me dice: que para establecer un equilibrio económico beneficioso no se deben cobrar sueldos superiores a seiscientos pesetas mensuales.

—Eso queráis los que todavía soñáis con la revolución. Pero, para terminar: si quieres ser mi amigo, toma tantos cocktails como yo y funda un haren.

—Eso está bien —añaden las dos mujeres, con esa coquetería tan refinada y peculiar en las prostitutas—. Juan es el más grande. Eres

nuestro hombre. Nos recuerdas otros tiempos. Con unos cuantos como tú renacería el pasado que añoramos.

No pudiendo contener mis nervios me levanto violentamente, dejando a tan nefasta concurrencia, que vive sobre la sangre del pueblo trabajador inmolado en las trincheras de la independencia. Rememoro nuevamente a los trabajadores de las industrias de guerra y a una madre que le mataron su compañero en los frentes de batalla, dejándole por toda remuneración diez pesetas y cinco hijos. ¡Cuántos, como este Juan, se han hecho superfluos al pueblo, olvidando su origen de clase!



Heinlein visita al solitario de Berchtesgaden, recordándonos otro viaje histórico: del desaparecido ex-canciller austriaco.

Nada ha variado la situación, como no sea acentuar un poco más la ansiedad general, en vista de que se continúa por el camino de las entrevistas, de las concesiones y de los diálogos, creyendo que tal manera de entregar tiempo a los enemigos de la paz es conveniente para que no sea ésta perturbada.

Neville Henderson ha hecho el viaje a Berlín al mismo tiempo que Heinlein lo hacia a Berchtesgaden, para recibir órdenes de su amo y seguir poniendo minas en los cimientos del Estado checo, dejando entreabierta la puerta de la transigencia una vez que se haya hecho una concesión más, para cerrarla de nuevo, a fin de seguir conquistando posiciones. Este juego no puede ser más falaz y peligroso para la paz; pero el terror a la guerra sigue imponiendo su norma en España y en Checoslovaquia, sin que nada ni nadie haga modificar tal estilo de entregar poco a poco, sin transiciones bruscas, trincheras valiosísimas para el instante en que los cañones comiencen a dejarse oír.

Mientras tanto, en los centros políticos mundiales se espera con ansia, con inquietud justificada, el discurso que a mediados de la próxima semana pronunciará el "führer" en la apertura del Congreso de Nuremberg, temiendo que el animoso y "bello" Adolfo imponga sus condiciones a Europa, sin dar tiempo a ésta, no obstante estar alerta, para evitar la sorpresa que la posición de Hitler hace temer.

Nuevas concesiones hará Praga a Heinlein, porque la guerra sería una catástrofe, ya que no se tuvo el valor de cortarle el paso antes de que cayera sobre Viena con la mascarada del plebiscito, esa mentira sarcástica, consentida por París y Londres, creyendo que se contentaría con este robo del "führer". Y mientras lord Runciman va gastando su paciencia en ese diálogo incansable, sigue el movimiento de tropas en la frontera del Rhin, y continúan a toda prisa las obras de fortificación,

cual si ya viviéramos el instante terrible en que los aviones nublen el cielo de Europa, levantando montañas de ruinas de las villas francesas, exactamente igual que si la matanza del 14 hubiera sido perfectamente inútil.

Así va aumentando la inquietud. Así va subiendo la fiebre, yendo las democracias tras el tirano de Berlín y el de Roma, esperando a ver cómo se expresan, incapaces de tener aquéllas una iniciativa propia.

Las democracias crearon con su egoísmo y su cobardía este instante de peligro. Hasta ahora han sido España y Austria las que han sufrido las consecuencias de tal política tan infame como la de los mismos trageañantes, ya que si éstos nos han invadido, llenando de ruinas y dolor cientos, miles de hogares españoles, los gobernantes occidentales son tan culpables, puesto que lo toleraron, y de qué manera...: mientras hablaban de libertad y de justicia, no para dignificarlas, sino para escarnecerlas.

Y en Londres otra inquietud agita los medios liberales y proletarios al conocer los primeros informes de la Comisión de encuesta sobre los bombardeos de ciudades españolas, realizados impunemente, para mayor vergüenza, porque Chamberlain nos condenó a la indefensión, privándonos del derecho a adquirir antiaviones, mientras Mussolini declaró que sigue enviando armas a sus legionarios de España, escándose en la "no intervención" públicamente, para mayor escarnio.

Del 9 largo

El mundo está en tensión.

La soberbia y la ambición, con los ojos vendados, juegan con la tea encendida de la provocación, entre la pólvora de la prudencia europea.

Las calderas del peligro están a toda presión.

La hipocresía cancillerescas ha cedido su sinuosidades, a las definiciones categóricas.

Ya saben los figurones belicosos quiénes y cuántos son y contra cuántos y quiénes van.

En todas las bocas se prende la palabra fatal... "la guerra"...

En todas las bocas, menos en la nuestra.

Nosotros no creemos en la inmediata catástrofe europea.

Hay mucho miedo a la guerra reforzado por los efectos de los modernos artefactos de destrucción...

Efectos que se pueden comprobar en nuestra España, sublimé "cobaya" de la inteligencia puesta al servicio del mal.

Hay demasiadas concomitancias entre los ejércitos internacionales del negocio y la bolsa para arriesgarlas así como así.

Y hay mucho temor a la última palabra de los pueblos que se arrastrarán a una hecatombe de la importancia que tendría la guerra inminente.

El mundo está en tensión...

Pero ya veremos cómo por la válvula de las concesiones se escapará la presión que asusta al mundo.

Aunque sea a costa de la libertad de los pueblos.